



Los apartamentos Maite, de Benalmádena, han solicitado la suspensión de pagos. Hubo «tour operators» que llegaron a ofrecer cien pesetas diarias por ocupación en pleno mes de agosto.

TURISMO

LA MUERTE DE LA GALLINA

ESTA claro que los huevos de la gallina todavía se depositan en este corral. Los huevos de oro, se entiende. Porque el turismo, uno de los componentes de nuestra «renta de situación», no se desvanece de la noche a la mañana. Y el sol sigue estando en su sitio, y, al igual que por estos lares decimos que los duelos con pan son menos —menos duelo, claro—, podríamos afirmar que las crisis económicas con marcos o con dólares son menos también. Y la gente sigue viajando, y parte de esa gente, ¿cómo no?, elige España para sus vacaciones.

Y, sin embargo... sin embargo, si usted se da una vuelta por la Costa del Sol, y habla con los promotores, con los constructores, con los hoteleros, se dará cuenta en seguida de que o los huevos son más pequeños, o no es oro todo lo que reluce, o algo huele mal y no sólo en Dinamarca. Y palabras como crisis, o suspensión de pagos, o quiebra, o «apaga y vámonos» están a la orden del día. Y esto los que pueden irse o pueden

adjudicarse alguna de las situaciones antes mencionadas. Porque otros muchos miles de personas, con los que usted seguramente no coincidirá ni en el puerto de Baniús a la hora de cenar, ni en la Torre del Duque en el debut de Liza Minnelli, ni a la salida de una cura de reposo en la Clínica Incosol, otros muchos —más de diez mil según los últimos datos—, le dirán que se encuentran en pura y simple situación de paro laboral. ¿Hará falta añadir que esta situación incluye a todas las demás?

Algunas cifras y otras consideraciones

Naturalmente, y a pesar de la proverbial alegría con que todas las Administraciones del mundo confeccionan las estadísticas, la realidad casi siempre, y más aún en períodos de apertura, termina

por convertirse en número, en cifra exacta y desmitificadora. Las últimas que acaban de hacerse públicas, elaboradas por el Ministerio de Información y Turismo, dan para el período de enero-agosto de 1974 un total de 22.932.545 entradas de visitantes, lo que supone una variación de signo negativo respecto al mismo período del año anterior del 9,8 por 100. Desglosada la estadística por meses, resulta que en agosto, mes tope de la «temporada alta» y a pesar de circunstancias coyunturales favorables, como los sucesos de Chipre y el cambio de régimen en Grecia (que desviaron hacia nuestro país fuertes contingentes turísticos cuya previsión vacacional tenía como punto de destino aquellos países mediterráneos), pese a la coyuntura favorable, decíamos, nos visitaron 6.478.899 personas, con un descenso del 11,6 por 100 sobre las entradas en el mismo mes del año precedente. En definitiva, los ingresos por turismo se calcula-

ban, en el mes de junio, en una cifra de 247,44 millones de dólares, es decir, un 20 por 100 menos que en 1973.

Y todo esto cuando, según palabras del ministro de Comercio, don Nemesio Fernández-Cuesta, pese a que se estima una cantidad muy próxima a los siete mil millones de dólares en la actividad exportadora, durante el presente año, habrá que calcular en unos doce mil millones nuestros pagos al exterior en concepto de adquisición de bienes y servicios, lo que supone un fuerte déficit en la balanza comercial a compensar en gran medida, como en años anteriores, con los ingresos procedentes del sector turístico.

En definitiva, la crisis turística, que, al margen de las circunstancias internacionales, se podía barruntar hace ya más de un año, acaba de hacer acto de presencia. Y sus secuelas van a afectar, por supuesto, no sólo a quienes viven directamente del turismo, sino a toda una serie de grandes, pequeñas y medianas industrias —que van desde el mobiliario hasta la construcción, desde el pequeño es-

Francisco López Barrios

LA MUERTE DE LA GALLINA

tablecimiento familiar al borde de la playa hasta la confección de artículos y prendas de «recuerdo», que a lo largo del litoral español habían imaginado a la gallina de los huevos de oro como un animal incansable, inagotable y sin techo límite en cuanto a la cantidad y proporción de sus puestas veraniegas.

La solución ...mañana

Así, pues, los constructores de la provincia de Málaga se reúnen en la Casa Sindical y hacen constar que son «conscientes de las repercusiones sociales que la actual situación puede deparar en breve plazo: paro masivo y cierre de las empresas por suspensión de pagos». Y solicitan, cómo no, la ayuda estatal a nivel de créditos, facilidades bancarias, descuentos de letras, etcétera, amén de que se inicien cuanto antes las obras de infraestructura y «viviendas sociales que Málaga necesita».

Ante lo cual uno se queda perplejo y recuerda con claridad meridiana cuantas apologías se han dicho y escrito sobre la iniciativa privada, su papel fundamental en el desarrollo, las cualidades patrióticas del hombre de empresa y todo lo demás. Y uno tiene la sensación, tal vez equivocada, de que la susodicha iniciativa se muestra más bien despreocupada por las «obras de infraestructura y las viviendas sociales» cuando las épocas de vacas gordas, y todo lo contrario cuando llega la hora de las dificultades, que habría que solventar precisamente haciendo gala de esa imaginación y esa capacidad de crear riqueza de que tantas veces se ha alardeado.

Y se reúnen los directores de hotel de la Costa del Sol, en presencia del presidente de la Asociación Nacional de Directores de Hotel, señor Molas, y se dice que «efectivamente, este ha sido un año de suspense. Y también el profesional ha tenido parte de culpa al no haber sabido dar el trato adecuado por aquello de habernos adaptado en algunos casos a la demanda sin haber tenido en cuenta la oferta».

Y, en fin, se saca a subasta un hotel como «El Príncipe Otomán», de reciente inauguración y puesta en funcionamiento y, entre otras, se solicita la suspensión de pagos en los Apartamentos Maite, de Benalmádena, que al parecer van a dejar momentáneamente en el aire la bonita cantidad de quinientos cincuenta millones de pesetas.

Y, en fin, para terminar una relación de sucesos que dan por sí

solos noticia del momento conflictivo que atraviesa el sector turístico en una de sus zonas de máximo desarrollo (sin que ello signifique agotamiento de la lista, pues podrían enumerarse otros muchos casos), podría mencionarse la demanda de conflicto colectivo presentada por 240 trabajadores encuadrados en el Sindicato de Hostelería y pertenecientes a un «pool» de empresas integradas en la construcción, promoción y desarrollo de «La Colina», una de las urbanizaciones más prestigiosas de Torremolinos. Las causas del conflicto: despidos entre el personal, pretendidas reducciones de plantilla y otras circunstancias que, a juicio de los trabajadores, atentan claramente contra sus derechos y condiciones de trabajo.

En resumen: crisis seria, cuyos resultados están a la vista, y a la que en cualquier caso se pretenden enfrentar soluciones coyunturales dejando tal vez para mañana la reestructuración a fondo y la seria y decidida intervención estatal en la ordenación, rigurosa planificación y controles estrictos a todos los niveles que la realidad está pidiendo.

¿Para quién fueron los huevos de la gallina?

En cualquier caso, insistimos en ello, las deficiencias en el planteamiento de las actividades del sector turismo nos habrían abocado a la crisis actual, antes o después, con independencia de los factores internacionales. Hay que tener en cuenta que el disponer en la actualidad de 2.200.000 «camas» dentro del marco de la oferta a nuestros clientes potenciales nos llevaría a necesitar una cifra de 72 millones de turistas por año, expectativa que roza los límites de lo disparatado. Ocioso es añadir que una industria que funciona con un margen tal de desequilibrio entre lo razonable y previsible y su propia realidad estructural parece condenada de antemano a padecer serias dificultades. Dando por descontado que una competencia feroz, producto de la situación descrita, sólo tiene unos claros ganadores: los «tour operators», que monopolizan y captan las grandes corrientes turísticas en los países de origen y dictan en consecuencia precios a la baja que el hotelero español

habrá de aceptar si quiere ver su establecimiento con un índice de ocupación que, cuando menos, le permita mantenerlo en funcionamiento. (Ver a este respecto el trabajo publicado en el número 627 de TRIUNFO, bajo el título de «Los hombres de paja del turismo».)

Para ellos han sido, pues, los más suculentos huevos de la gallina. Otros, los de menos calidad, para los hoteleros y propietarios de apartamentos. Y sólo en mínimo grado han repercutido los beneficios en una clase trabajadora sobre y gracias a cuyo esfuerzo ha recaído en realidad lo que tan pomposamente no se ha dudado en calificar como «milagro turístico español».

Porque el susodicho milagro se ha realizado sobre la base de una mano de obra con poca o ninguna especialización y de bajo costo. Porque las exigencias de precios competitivos a nivel internacional y fuertes rentabilidades sólo se podían mantener a costa del factor trabajo. Y porque, en resumen, basta tomar como botón de muestra la Costa del Sol para darse cuenta de que, junto a los establecimientos hoteleros de lujo, se si-



El Hotel Príncipe Otomán, de reciente construcción y puesta en marcha. Ha salido a subasta el pasado mes de septiembre. ¿Dónde está la planificación económica de sus promotores?



Las torres de Playamar, en Torremolinos, vistas desde la playa. La fracturación del paisaje no necesita comentarios. La anarquía y el afán de lucro de una iniciativa privada sin control riguroso, tampoco.

guen dando casos de chabolismo, el nivel de asistencia sanitario no es ni mucho menos lo que el brillante escaparate turístico-festivo parecería indicar —en palabras del doctor Cabrerizo, director de la Residencia Carlos Haya, del SOE: «Tenemos un déficit endémico de camas en Málaga, tal vez más generalizado que en otras provincias españolas, que nos coloca muy lejos de nuestras necesidades», e incluso, bordeando los límites del tradicional surrealismo hispano, se ha legado a la situación, expresada por el señor Ramos Reina, concejal-delegado de Cementerios en un pleno municipal, de que «los malagueños tengan que pedir recomendación para enterrar a sus muertos», por falta incluso de cementerios.

Del juego como solución y otras posibilidades

Naturalmente, y a tenor de las circunstancias, los principales promotores de la Costa del Sol han creído llegado el momento de iniciar una serie de acciones encaminadas a paliar en lo posible lo negativo de la situación. Una de las iniciativas que parece gozar de mayor predicamento, y encuentra en el señor Banús uno de sus más firmes valedores, es la de la autorización y apertura de los casinos de juego, uno de los cuales encontraría su emplazamiento en Marbella.

Cabe suponer que, en efecto, la aparición del juego legalizado en España supondría un aliciente para determinados núcleos de clientes, aunque, en cualquier caso, parece muy aventurado considerar que el juego, por sí solo, va a constituir una panacea capaz de devolvernos el rango turístico que, de manera insensible, hemos ido perdiendo.

Otros proyectos, como son la construcción de varios puertos para

embarcaciones deportivas, la autopista de la Costa del Sol, etcétera, pueden mejorar la infraestructura turística de una zona en la que, hasta el presente, se ha confiado todo —o casi— a la bondad de un clima excepcionalmente favorable.

En cualquier caso, la crítica si-

coherente con la realidad y una instrumentalización adecuada, en el tiempo y en el espacio, de los medios, de acuerdo con las necesidades del sector.

b) La casi total ausencia —salvo raras excepciones— de una política de creación de canales para



Las construcciones prosiguen en el Puerto Banús, de Marbella. Y en muchos otros puntos de la Costa, cuando la oferta supera ya con creces a la demanda. Las consecuencias —el margen de circunstancias económicas mundiales— tienen un nombre: crisis del sector.

tuación actual ha puesto de relieve dos defectos fundamentales en la concepción y el planteamiento de las actividades turísticas en nuestro país:

a) La incapacidad de la iniciativa privada, como consecuencia del caos y del exclusivo interés de lucro que lleva implícito dentro de un sistema económico de tipo capitalista, para potenciar una oferta

la comercialización exterior del producto ofrecido, en este caso períodos vacacionales, con todos los demás factores de tipo motivacional que caben dentro de la oferta turística.

Estos dos apartados suponen la consideración, por otra parte, de una serie de factores negativos que les son anejos: degradación del medio ambiente y faltas continuas

a la normativa en vigor sobre respeto al paisaje, etcétera. (En la Costa del Sol, las torres de «Playamar», en Torremolinos, constituyen un ejemplo bien elocuente de lo que afirmamos.) También la afluencia de capitales e inversiones en los sectores de mayor rentabilidad inmediata, con la puesta en marcha incesante de nuevos establecimientos hoteleros y extrahoteleros (apartamentos, bungalows, etcétera), y olvido de los restantes servicios de toda índole —actividades culturales, manifestaciones artísticas, etcétera—, que si no para todos, si desde luego resultarían gratos para una gran mayoría de visitantes. (La imagen del turista idiota que sólo quiere sangría y tortilla de patatas no pasa de ser un lugar común, y lo que es más grave: tal vez sólo una proyección de la falta de inquietudes entre los promotores de turismo, que no suelen ver más allá del burro-taxi y la seudofiesta flamenca en sus planteamientos.) Son muchos los turistas que no han dudado en rebautizar a la Costa del Sol como la «Costa del Aburrimiento». ¿Se explica alguien que, desde Málaga a Algeciras, no exista ni un solo cine con una programación atractiva, actual, al nivel de lo que nuestros turistas pueden ver en sus países de procedencia y en idiomas tan fundamentales como, por ejemplo, francés, inglés y alemán?

Parece, en definitiva, que sólo una enérgica intervención del Estado podría suponer la aportación de soluciones válidas para el problema. Y puesto que la idea de nacionalización, en las actuales circunstancias, pudiera considerarse excesiva, quizá resultase conveniente ir a la puesta en marcha de una Agencia Nacional de Viajes (con su correspondiente organización de vuelos charters, etcétera), además, naturalmente, de cuantas acciones indirectas resulten posibles: criterio selectivo en la concesión de ayudas y créditos, aplicación estricta de lo legislado en materia turística y toda la amplia gama de recursos que la Administración disfruta.

La crisis del turismo es un problema nacional, por la trascendencia de sus dimensiones económicas y por la repercusión que sus fluctuaciones origina en la balanza de pagos y en nuestras reservas de divisas. Las soluciones, por consiguiente, no deben limitarse a medidas de orden puramente coyuntural. Cualquier dilación en la toma de decisiones que afecten de manera profunda a la misma concepción y estructura de nuestra primera «industria» puede acarrear situaciones sociales y pérdidas económicas de singular trascendencia. ■ F. L. B.